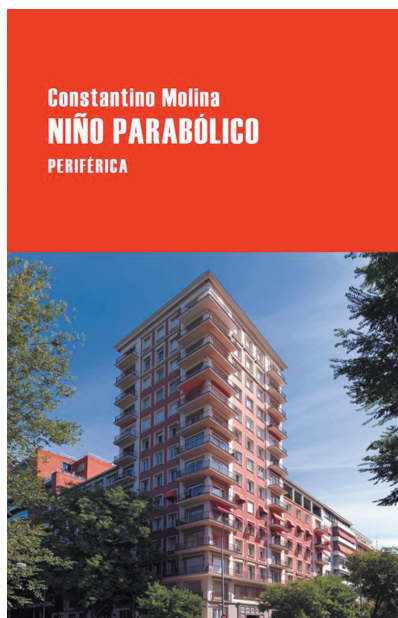




**Niño parabólico**  
Constantino Molina  
Periférica, 2025, 200 págs.



Reseña

## Transmisión exitosa

Por Francisco de Borja Rodríguez

Un niño se convierte en antena parabólica para que familiares y amigos puedan disfrutar del Canal Plus, y allí, sentado al sol en la terraza de su casa, aprende una forma muy particular de leer el mundo. Este niño nos enseña que quizás merezca la pena observar con detenimiento lo que tenemos a nuestro alrededor, lo cercano y lo cotidiano. Constantino Molina (1985, Pozo-Lorente, Albacete) nos presenta una novela (o diario o cuaderno) en la que deja en barbecho su destacada producción poética sin alejarse de algunas de sus propiedades. El ritmo y la musicalidad de su prosa la mantienen bien pegada a dicha órbita. Esta es una de las muchas delicias que uno disfruta en esta historia.

El adulto que rememora sus inicios parabólicos se relaciona intensamente con la otra gran protagonista de la historia, la ciudad de Madrid. Y lo hace vinculado al eje que recorre la novela de principio a fin: el número 82 de Pintor Rosales, ese edificio que es la proa de la urbe frente a un “bosque domesticado”, el parque del Oeste. El lugar le obsesiona y, aunque solo sea para observar, deja carteles en el portal para que algún vecino le permita mirar desde ese borde urbano. Cada capítulo de la novela teje una aproximación a la vida calmada, reflexiva, muy irónica, y que Molina sabe mezclar muy bien con ese asombro de poeta o de niño, que a veces es lo mismo. Se atreve a agitar en el mismo recipiente un bollo de chocolate cutre y el paso del tiempo: “El tiempo es más *Pandorino* que *Bollycao*, es una esfera, una nebulosa en la que andamos perdidos y en la que nos vamos moviendo de manera tridimensional”. Esa voz se desborda en algunos momentos y rompe el equilibrio de todas las cavilaciones, por lo general, bien ancladas a la armonía de la obra. Véase el atisbo de ensayo sobre Montaigne, para el protagonista

paradigma de soledad, de lirismo e introspección que pretende justificar por su trayectoria vital y su producción escrita. Es el riesgo de una apuesta tan marcada por la contemplación.

Otros momentos se mueven entre el humor y el desparpajo para concebir lo cotidiano con brillantez: imprime a su madre en 3D, reflexiona sobre Velázquez o la tumba de Goya, y se cuela en la casa de Vicente Aleixandre con su amigo Salvador, dueño nostálgico de un bar de Rosales. En uno de los pasajes más memorables de la obra, juega a tirarle la pelota a Sirio, el perro del poeta, y charla con Aleixandre sobre el hogar y la amistad, sobre el amor y la sexualidad, sobre qué es la poesía y qué es ser artista: “saber que el tiempo como cronología lineal no es cierto, sino que la cosa consiste en moverse por la nebulosa con total libertad e ir estableciendo conversación con esa nómina de nombres que la transitaban y aprender, contraponerse o debatir con ellos”. En este Madrid de oportunidades y fracasos se mezclan también los momentos para disfrutar de los atardeceres del parque del Oeste y para pensar en el papel de la cultura en nuestra sociedad, en que la crítica literaria funciona como una posible hacedora de etiquetas ingeniosas, y no como pensadora del mundo.

Con esa voz envolvente y que, como vicio y virtud de poeta, basa su prosa en la repetición, Molina consigue imprimir sus ideas e hipótesis audaces en el lector con enorme eficacia y hacen que la lectura arroje otra luz en esa niebla temporal que para él es la vida. Eso sí, nos traslada desde su infancia, en la terraza de su casa, comiendo el *Pandorino* y aprendiendo a observar el mundo y a convivir con las cosas materiales, hasta la proa de Madrid, mediante un cable a tierra que lo conecta con lo que vivimos o creemos vivir.